

Historia del toreo (Alianza Editorial, Madrid, 1992) que se publican junto al rescate de la reedición de la *Breve Historia del toreo* del mexicano Daniel Tapia a la que sirve de continuación *Breve historia del toreo. De Francisco Romero a Silverio Pérez y a Luis Procuna*, (México, 1947). A Espartaco, a Joselito, a César Rincón —el último vuelco que ha tenido el corazón taurino—, y a la «truncada» precocidad de «Yiyo» se dedican los últimos párrafos de estas obras, tras la «pérdida de sitio» de Ojeda y el «apagamiento» de la generación anterior, con especial atención a la triste y dolorosa retirada de Julio Robles, que siempre gozó del seguimiento y la preferencia del nuevo público. Habría que decir aún más: Julio Robles ha sido el torero del nuevo aficionado de los últimos años; quien, sin ponerle de pie en el tendido salvo en ocasiones excepcionales, calmaba la sed de acabamiento estilístico y de serenidad técnica.

Si se quieren datos, escalafones, puntualidad catalogadora de fechas y nombres (hasta Ponce, Jesulín, Finito y... el futuro) esta es la «historia» de más reciente y completa aparición. Si, por el contrario, se reclama una historia de la tauromaquia que es, de nuevo, un ensayo y una tentativa de comprensión global, completa, seguida en su evolución cronológica, habrá que acudir a la monumental *Historia ilustrada de la tauromaquia* en dos volúmenes, de Fernando Claramunt (Espasa-Calpe, Madrid, 1989 y 1992), cuyo subtítulo informa bien de su intención: *Aproximación a una pasión ibérica*. No nos deben doler prendas en decir que el autor, quien conoce por igual los toros y las letras, y con la misma pasión se acerca a ellas, ha construido el último, por el momento, gran edificio de la interpretación de la tauromaquia en su sincronía histórica y cultural con la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo y la Modernidad que acaso sea la pura historia de España que solicitaba Ortega. La antropología, la literatura, la historia, la filosofía, se dan cita para alumbrar otra historia que es, sobre todo, una apasionada y apasionante visión. «¿Por qué se dedican algunos a escribir acerca de la historia del toreo?» se pregunta el propio Claramunt como epílogo a la última edición de su obra (*Significado y singularidad de las historias de la tauromaquia*, 1992). «La demanda de libros en todos los países del toro, coincide con unos años de auge de la Fiesta», contesta el propio autor sin agotar, cierta-

mente, la justificación. Bien es verdad que los rasgos con que aparece en su «historia» descrita la última época coinciden con la realidad: 1) incremento de jóvenes en los tendidos, 2) auge renovado de la prensa taurina y de los medios especializados, 3) demanda de libros en torno a la tauromaquia, 4) presencia de los políticos nuevos, de todo color, en las plazas de toro, 5) acercamiento de los nuevos intelectuales a la Fiesta, y 6) resurgir de encierros, capeas, así como escuelas taurinas. Todo esto vale, dicho con la suficiente ambigüedad y sin gran detenimiento, pero es más verdad lo que el mismo Claramunt resume en una afortunada fórmula final: «La Fiesta sube o baja coincidiendo con situaciones colectivas de la viduidura hispánica».

Por lo que nos toca, esta especie de termómetro de la acción colectiva, ha dado en acompañarse de un verdadero torrente editorial en el que, sin embargo, no es demasiado atrevido entresacar inclinaciones y tendencias que iluminan el sentido de ese resurgimiento. Acierta, no obstante, Claramunt cuando se detiene en observar la demanda creciente de literatura taurina. Y es que, más que el alud proclamado de los libros de toros, resulta verdaderamente característico y revelador el afán de búsqueda referencial y literario por parte de la afición. Realmente, a poco que se hojee la ya citada bibliografía de la Fiesta publicada por la Biblioteca Nacional, el listado de títulos procedente del siglo XIX y de los primeros cuarenta años del nuestro rebasa con mucho el cierto espejismo de la cantidad que en las publicaciones actuales creemos observar. La apariencia de un incremento reciente sólo resulta verdaderamente cierta en la comparación con los años sesenta y setenta, los que, por otro lado, vemos hoy como de decadencia taurina.

Durante los últimos quince años la literatura taurina ha brillantado la presencia de las fuentes ensayísticas. Este resurgimiento es, si cabe, más relevante que las nuevas interpretaciones reflexivas. No es que el ensayo haya faltado pero no ha sido necesario escarbar a la manera de la caracterología del espíritu nacional elaborada durante los primeros treinta años del siglo sino que se ha visto como suficiente aceptar lo que en décadas pasadas había venido siendo demostrado como tópico de —se decía— una oscura y denigrante racialidad. Aceptar, asumir y revitalizar. Veamos las colecciones y las editoriales que han dedicado mayores desvelos a la Fiesta.

Sin duda, Espasa-Calpe está presente como editorial cabecera de la biblioteca de los aficionados. En 1985 se inicia la publicación de la colección «La Tauromaquia». Entre sus títulos, al lado de la *Historia ilustrada* de Claramunt, el ensayo actual ha tenido un relevante, aunque en puridad, escaso lugar. Fernando Sánchez Dragó reunió en dicha colección artículos taurinos con el título *Volapié. Toros y tauromaquia* (1987); José Alameda hilvanó una meditación histórica: *El hilo del toreo* (1989) y José Ramón Gómez Nazábal construye una interpretación de las representaciones plásticas de la tauromaquia: *Estética y plástica del toreo* (1989). Sobre este mismo tema hay que recordar otros títulos recientes como *Los toros en el arte* de José Luis Morales y Marín (Espasa, 1987) y *El pintor y la tauromaquia*, de Álvaro Martínez-Novillo (Turner, 1988), un estudio especialmente interesante aunque siempre ceñido a lo que hace muchos años Venancio Sánchez Marín llamó límites de la representación. En la misma colección «La tauromaquia», Alberto González Troyano publicó uno de los ensayos de mayor penetración interpretativa: *El torero, héroe literario* en el que de modo casi definitivo desentraña las claves narrativas de un modelo de personaje literario que ha encontrado lugar en la evolución de la novela desde el nacimiento de la estructura del género hasta el oscurecimiento de la propia heroicidad o anti-heroicidad del protagonista en la literatura contemporánea, pasando por los títulos fundamentales y alguno más entre los que, dicho sea de paso, cabe pedir alguna reedición, como en el caso de *El torero Caracho*, de Ramón Gómez de la Serna (Espasa Austral, 1969). El recorrido de González Troyano recomienda, por lo demás, un viejo título de Rafael Cansinos-Asséns, «Las novelas de la torería» que se publicó en *Evolución de los temas literarios* (Santiago de Chile, 1936).

Sigamos con el ensayo. Junto al valioso de González Troyano, «La tauromaquia» ha publicado *Por sevillanas*, Jean Cau (1988) donde el que fue Premio Goncourt de 1961 reúne relato, crónica, meditación y declaración del amor por España a la manera en la que suelen hacerlo quienes se saben afiliados a la «secta francesa» que tiene en este sur la tierra refugio de su pasión romántica. El libro de Cau, por lo demás, evoca otro que nunca debiera ser olvidado, me refiero a *La literatura considerada como una tauromaquia* de Michel Leiris que sirvió

en su día de prólogo para su *L'Age d'homme* y en el que, quien fue amigo de Breton y quien también publicó con tres dibujos de André Masson un *Miroir de la tauromachie* (París, 1938), rondaba esa clave misteriosa y secreta de la creación artística que no quiere quedar reducida a estética sino legitimada por la puesta en juego, por la exposición de la vida ante la presencia de un peligro que haga las veces de un ambiguo cuerno existencial. Del librito de Leiris no sé si quedará algún ejemplar en su edición de Tusquets de 1975. Tras Cau, *Función de toros* (Espasa-Calpe, 1988), de Enrique Gil-Calvo, subtítulo *Una interpretación funcionalista de las corridas* en el que, con profundidad y amplitud, se rastrea la pista de signos que llevan al descubrimiento de la evolución sociológica y antropológica de la sociedad española proporcionados por el acontecimiento taurino. Hay que decir que, al lado de la generosa colección de Espasa, en la que se incluye una diversidad de títulos que conjugan los ya citados estudios junto a resúmenes de temporada, comentarios de la actualidad¹, etc. y otras publicaciones de carácter técnico como *Taurología. La ciencia del toro de lidia*, de Ramón Barga Bergusán (1989) y el *Diccionario de términos taurinos*, de Luis Nieto Manjón (1987), otro editorial, Turner ha publicado títulos de indudable necesidad y oportunidad. Entre ellos, los dedicados a la recuperación de Bergamín con libros ya citados aquí y con otros como *La claridad del toreo* (una reunión de artículos publicados a partir de su regreso a España, 1987); la reflexión sociopolítica de Enrique Tierno Galván, *Los toros, acontecimiento nacional* (reedición de 1988), alrededor de la valoración democrática de la fiesta; la reedición también del *Gran diccionario tauromáquico*, de Sánchez de Neira, ya citado (1988); la *Tauromaquia completa*, de Paquiro (1987) y *Lo que confiesan los toreros* de Parmeno (1987) reedición del publicado por Renacimiento en 1917, el anecdotario más ameno que quizás exista de la edad dorada escrito con una gracia y agilidad ya célebres. También Turner publicó las «actas» de uno de los simposios fundadores de la atención que seminarios y cursos universitarios veraniegos

¹ Entre estos títulos citaremos los dedicados a la temporada 1985: *Repoquer* de José Carlos Arévalo y José Antonio del Moral, 1987; *Tiempo de esperanza* de Vicente Zabala, 1987; *Larga cambiada*, 1987; *En busca de la competencia*, de Juan Posada.

—que también han estado ahí los toros durante estos últimos años— vienen dedicando a la tauromaquia, correspondiente al celebrado en la Universidad Menéndez y Pelayo en 1982 con la coordinación del pintor Antonio Saura (1983). Entre los ensayos también cabe hablar de algunos títulos más que han marcado nuestros últimos años. Sobre todo de *La muerte de un dios. La fiesta de los toros en el universo simbólico de la cultura popular* de Manuel Delgado Ruiz (Nexos, Ed. Península, Barcelona, 1986). Centrado en la simbología del ritual del sacrificio, la obra revela la celebración taurina en su aspecto ideológico, el permanente enfrentamiento entre fiesta y poder político y la propia articulación de una gramática escénica de procedencia religiosa. Añadiremos aún una publicación de recopilación periodística: *Vueltas al toro*, de Pedro María Azofra (Logroño, 1987); una publicación de carácter técnico: *El toro bravo, hierros y encastes*, de Filiberto Mira (Barcelona, 1982); otra de búsqueda e investigación histórica: *Trece ganaderos románticos* de Luis Fernández Salcedo (Madrid, 1987), autor también de *La vida privada del toro* (Madrid, 1985) y de los *Tres ensayos sobre relatividad taurina* (Madrid, 1992); *El intelectual y el toreo* de Rafael Ríos Mozo (Universidad de Sevilla, 1986); y *La música en los toros y la música de los toros*, estudio especializado de Mariano Saiz de Pedre publicado en Madrid en 1981. Este listado del ensayo, antes de que se nos desvíe hacia otras publicaciones que, por su cantidad, parecen abultar verdaderos géneros, no puede concluir sino recordando dos publicaciones que merecen atención especial. Se trata de la antología poética *Poesía Universal del toro* de Mariano Roldán, publicada en dos volúmenes por Espasa-Calpe en 1990, revisión y exhaustiva ampliación de la ya publicada por el mismo Roldán en Escelicer en 1973; y de la interesantísima *Historia de la fotografía taurina* de Manuel Durán Blázquez (Madrid, 1991) sobre tema especialmente sugestivo para las reproducciones gráficas como así lo demostró ya el catálogo de los fotógrafos *Baldomero y Aguayo* publicado también por Turner en 1991.

De géneros habíamos hablado pensando en dos grupos de publicaciones con cantidad suficiente de títulos para hacer imposible la reseña de la totalidad. Me refiero a los libros dedicados a recopilar y estudiar historias locales de la tauromaquia —prácticamente no queda capital de provincia o población de rango sin la particular

historia de su plaza de toros— y a los dedicados a la biografía o al estudio de estilo de uno u otro torero, también de abundancia fácilmente constatable en los últimos tiempos. Entre los primeros² citaremos *Estirpe y tauromaquia de Antonio Ordóñez* de Antonio Abad Ojivel (Espasa, 1987), *Pepe Luis. Meditaciones sobre una biografía*, debido a la ágil, culta y refinada pluma de Santiago Arauz de Robles (Espasa, 1989), *La tauromaquia de Antoñete* (1988), que junto a las publicadas sobre Curro Romero (*El enigma de Curro Romero*, 1987) y José María Manzanares (*La tauromaquia de José María Manzanares*, 1987) forman la trilogía publicada por Akal y escrita por los mismos autores, José Carlos Arévalo y José Antonio del Moral. Entre los matadores clásicos han tenido también examen y elogio literario *Ignacio Sánchez Mejías* de Antonio García Ramos y Francisco Narbona (Espasa, 1988), *Salvador Sánchez Frascuelo. El matador clásico*, de Francisco Hernández Girbal (Madrid, 1983), Marcial Lalanda (*La tauromaquia de Marcial Lalanda*, de Andrés Amorós, Espasa, 1987) o *Domingo Ortega*, de Antonio Santainés Cires (Espasa, 1987). En cuanto a las publicaciones que han indagado en aspectos locales de la geografía taurina³ hablaremos de *De Paquirri a Paula. En el rincón del*

² Otros títulos en esta misma línea y grupo de publicaciones han sido *Homenaje a Antoñete (Ignacio Aguirre y otros, 1985, Carpeta conmemorativa)*; *Nacido para morir (Paquirri) (José Carlos Arévalo y J.A. del Moral, Espasa, 1984)*; *Lucio Sandín (José María Hurtado Ríos, Barcelona, 1987)*; *La tauromaquia de Manolete (Paco Laguna, Villar del Río, Córdoba, 1987)*; *Pepe Luis Vargas. La fuerza de una pasión (Antonio Lorca, Sevilla, 1987)*; *Dinastías: Dominguito, Ordóñez, Rivera (Antonio D. Olano, Barcelona, 1988)*; *Yiyo (Antonio D. Olano, Madrid, 1985)*; *Galleando (Rafael Ortega, «Gallito», Madrid, 1986)*; *Guerrita (Antonio Peña Goñi, Cajasur, Córdoba, 1987)*; *De Madrid al cielo (Autobiografía de César Rincón con Javier Villán, Espasa, 1992)*; *Ojeda, el último revolucionario (Jean Ducasse, Espasa, 1991)* y *Belmonte, el sueño de Joselito (Juan Posada, 1991)*.

³ En este grupo no vamos a silenciar otros libros: *Cien años de historia del toreo en Castellón de José Aguilar Beltrán, (Castellón, 1987)*; *Toros en Camas de Juan Antequera Luengo (Camas, 1982)*; *Tauromaquia en Soria, 1900-1986 de Segundo Ayllón (Soria, 1987)*; *Goya y los toros de Bentura Remacha y otros (Zaragoza, 1988)*; *Manolete, padre e hijo en Pamplona, de Luis del Campo, (Col. Cuadernos Taurinos Pamploneses, 1988)*; *La entrada de toros y los caballos en Segorbe (Valencia, 1982)*; *Fiestas de toros en Alicante, de Joaquín Collia Rovira (Alicante, 1986)*; *El toreo en Córdoba, de José Luis de Córdoba (León, 1986)*; *Historia de la tauromaquia en Zamora, de Jesús García Salazar (Zamora, 1988)*; *El color de la divisa. Estudio de ganaderías mexicanas, de Francisco Madrazo Solórzano (México, 1986)* y *La Plaza de toros de Gijón. 100 años de historia de J. Manuel Sirgo Díaz (Barcelona, 1988)* quien, en edi-